

¿COMO NACEN LAS DEMOCRACIAS?

Traducción de Gabriela Castillo

Entre los teóricos actuales de la democracia, Guy Hermet ocupa un lugar especial: su visión de la política es perturbadora por sosegada. No ve, por ejemplo, ningún heroísmo en el surgimiento de las democracias contemporáneas. Muestra cómo ciertas estrategias de sujeción política están en el origen histórico de la democracia y cómo, paradójicamente, de aquellas sujeciones se han podido derivar mayores libertades. Hermet muestra también, por ejemplo, que en los países donde los movimientos sociales han actuado con un despliegue mayor de símbolos políticamente radicales, los cambios reales de la sociedad han sido menos profundos. Sobre estos temas y otros, como la política en Centroamérica o la Revolución Mexicana, Olivier Mongin, redactor de la revista *Esprit*, interroga a Guy Hermet.

Olivier Mongin: En su libro *En las fronteras de la democracia*,⁹ usted niega de entrada la idea de un modelo único de democracia, de una realización "histórica" de la democracia, y propone tomar en cuenta la diversidad de las "democracias fundadoras". ¿Podría usted precisar esta noción y derivar sus implicaciones?

Guy Hermet: Con el término democracias fundadoras designo las dinámicas históricas de los tres grandes países que fueron los primeros en reconocer explícitamente y con relativa rapidez la necesidad de apertura de la participación política. Me refiero a Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

Sin embargo, pienso que no son los tres modelos institucionales representados por esas experiencias lo que más importa. Desde luego, Gran Bretaña representa el arquetipo del parlamentarismo, Francia el de otra forma de régimen representativo, Estados Unidos el modelo del federalismo. Aunque lo más significativo es lo relativo a los contenidos reales de cada una de esas experiencias, los cuales, en el fondo, corresponden a tres soluciones democráticas diferentes, alejadas de lo que sería la democracia pura y no obstante inscritas en los sistemas de participación más aceptables que pueden observarse en la realidad:

— la política a la inglesa implica una forma de democracia que garantiza la consideración de las masas frente a una élite gubernamental que cambia poco y que tiende a ser laborista;

— la dinámica democrática francesa se caracteriza ante todo por su fuerte dimensión plebiscitaria, particularmente recurrente durante el Segundo Imperio y la Quinta República;

— la política a la americana surge en primer lugar como una estrategia de confinamiento de la izquierda radical y del movimiento obrero en los Estados Unidos.

Por otro lado, lo que esas tres experiencias tienen en común importa aún más. Puede decirse que el elemento común constituye una lección de alcance general para todas las estrategias de democratización hasta el presente. Me refiero a que cada una de estas tres dinámicas de apertura política desembocó en un proceso de ampliación de la participación política poco o nada perturbado por largos periodos autoritarios. Estas fueron relativamente breves en Francia, pero no existieron ni en Inglaterra ni en Estados Unidos. Por el contrario, en el resto del mundo occidental, salvo en los pequeños países del norte de Europa y en Suiza, no sólo hubo episodios autoritarios, sino una larga fase inicial de autoritarismo como preludeo u obstáculo, según el caso, a la apertura democrática. Autoritarismo que adoptó dos formas: la de la dictadura abierta o dictadura del Estado fuerte al estilo de Bismarck, que encontramos por supuesto en Alemania pero también en la península ibérica, en Italia y en América Latina; y también la de poderes oligárquicos disfrazados de régimen seudoparlamentario que, de hecho, correspondieron a prácticas de gobierno no menos autoritarias en el sur de Europa y en el bloque latinoamericano.

⁹ Hermet, G. *Aux frontières de la démocratie*. Presses Universitaires de France, Paris, 1984.

En resumen, los artesanos de las democracias fundadoras han descubierto la forma de inducir o de utilizar la apertura política sin convertirse en aprendices de brujo de la dictadura. Por el contrario, los "demócratas" de la mayor parte de los demás países occidentales —incluyendo a América Latina— han actuado exactamente a la inversa, bien por exceso de idealismo, bien por temor a las consecuencias de sus propios actos.

O.M. —Al apartarse de la ciencia política tradicional usted no limita su reflexión sobre la democracia a las instituciones representativas, a las modalidades políticas. Insiste en el impulso "democrático", esa dinámica "popular" que no puede dejarse libre sin correr el riesgo de experimentar los peores cambios y las ilusiones más engañosas. No hay democracia sin representación pero, ¿es ésta insoluble de la opinión pública?

G.H. —Es evidente que, para mí, la avanzada democrática no se reduce al surgimiento de una serie de instituciones. Más bien diría que las instituciones políticas no fueron preconcebidas, que los artesanos de lo que habría de convertirse en democracia no sabían hacia donde se dirigían; se equivocaban sobre cuál sería su verdadero itinerario. Desde este punto de vista, lo que sucedió en la Inglaterra del siglo XVIII es notable. Si en aquel entonces se inventó un nuevo procedimiento electoral, fue con fines represivos dentro del contexto de una verdadera furia reaccionaria. Las elecciones estaban únicamente al servicio de una oligarquía en busca de una legitimidad dudosa. Permiten, en efecto, restringir el cuerpo electoral que en los años siguientes a 1820 se hizo menor de lo que fue durante el siglo XVII en el marco de las asambleas del Antiguo Régimen. Asimismo, las elecciones ofrecen la posibilidad de hacer del fraude electoral el instrumento principal del juego político y de los ajustes internos en esta élite. Sin embargo, este proceso antidemocrático es paradójicamente el origen del desarrollo democrático.

Este recordatorio conduce a subrayar que la democracia real procede de dos elementos contradictorios, pero quizá necesarios, no sólo en Gran Bretaña sino prácticamente en todas partes. Por un lado, el impulso democrático que evidentemente se nutre de los anhelos de participación del pueblo. Por el otro, el fenómeno contrario con los frenos que se oponen a esos anhelos. Admitase o no, esos frenos contribuyeron también a la dinámica democrática, aunque sólo fuese porque la volvió segura para sus poseedores y porque con ello impidió los accidentes autoritarios que hacen abortar el proceso democrático en plena formación. Por supuesto, no se trata de afirmar que la represión de los anhelos populares es democrática. Pero es necesario considerar dos puntos primordiales:

—El primero puede expresarse en un lenguaje un tanto filosófico. Existe una concepción peligrosa de la democracia que encontramos particularmente en Rousseau. Dicha concepción establece como fin immanente e inevitable el devenir político de los hombres, postula que la democracia no tiene valor alguno a menos que lleve a la sociedad a un Bien común único y obligatorio y supone, en definitiva, que quienes se niegan a fundirse en el cuerpo político o se abstienen de hacerlo son enemigos del pueblo y ello justifica cualquier exclusión, aun la más sangrienta. Esta forma de pensar y de actuar tiene como motivo inicial un lado evangélico. Pero resulta peligrosa cuando se le confunde con el

uso del sufragio universal con miras a la realización de una utopía que la infima parte de los "representantes" del pueblo otorga a sus representados. Va en contra del respeto al pluralismo y las libertades de los hombres tal y como son. Y lo que es más, conduce al desposeimiento político del pueblo que se produjo en la Unión Soviética. Desposeimiento que puede fundar la tiranía o que comúnmente se traduce en un desinterés por lo político que lleva al pueblo a la pasividad.

—Segundo punto: estas aspiraciones populares, que pueden favorecer la captación de la soberanía derivada del sufragio universal por parte de una minoría despótica, dejan de ser el origen de este peligro cuando chocan con las múltiples resistencias de los intereses que se oponen a la pseudofilantropía del bolchevismo democrático. En resumen, el acaparamiento inicial del poder "representativo" por parte de grupos restringidos que, lejos de plantear el Bien común como fin immanente de lo político, rechazan cualquier idea de este tipo para preocuparse únicamente de poner lo político al servicio del bien privado, garantiza el equilibrio del proceso democrático ulterior: demuestra, por una parte, que la democracia naciente no conduce inevitablemente a un cataclismo social y que, por lo tanto, no es necesario aniquilar su embrión con una dictadura; y evita, por la otra, precisamente la llegada de ese cataclismo tiránico oculto bajo la ideología democrática bolchevique.

En este sentido, la tensión existente entre las demandas populares de participación y los obstáculos que se les oponen resulta positiva dentro de una perspectiva histórica o estratégica. Para decirlo de otra forma, podemos observar que los impulsos democráticos más generosos no sólo provocaron inquietud en las clases acomodadas. En ocasiones también tuvieron que enfrentarse con las reticencias de fracciones importantes de las clases populares. Tal es el caso de Francia, donde la efervescencia revolucionaria de 1848-1849 hizo que los campesinos se inclinaron hacia el conservadurismo y llevó, dos años más tarde, al golpe de Estado ampliamente reconocido por la opinión pública de Luis Napoleón Bonaparte. Lo mismo sucedió en mayo del 68, cuando se fortalecieron los cimientos conservadores —esta vez democráticos— de la Quinta República francesa, en las elecciones que les siguieron. Y podríamos recordar también el caso de Alemania en el año de 1848, cuando la exaltación berlinesa erosionó, por reacción, los anhelos democráticos encarnados por el Parlamento de Francfort y más tarde el surgimiento de la solución autoritaria de Bismarck. También el caso de Italia después de 1918, cuando la radicalización del movimiento obrero contribuyó a aumentar la popularidad de la corriente fascista incluso entre las masas populares. Con frecuencia resulta que la aplicación brutal de una dosis demasiado fuerte de democracia conduce a una especie de saturación que a su vez alimenta el temor que el pueblo puede tener de sí mismo. En resumen, para arraigar en un sistema duradero, la empresa democrática debe resultar segura desde sus primeros pasos. De cualquier forma, debe evitar esa tendencia suicida que consiste en sacrificar las acciones prudentes por respeto a ciertos principios que las masas en ese momento no están en condiciones de apreciar.

O.M. —La originalidad de su trabajo consiste en la negación de todo heroísmo democrático. Usted recuerda que la democracia francesa tuvo que pasar por fases autori-



tarias y muestra —apoyándose en el caso de Europa y de América Latina— cómo el autoritarismo militar participa en la construcción democrática. Si insiste en estos azares —en estos momentos "azarosos" que favorecen la democracia—, aunque evite considerarlos necesarios, ¿no se expone inmediatamente al siguiente reproche? Donde usted ve "azar" algunos verán necesidad y riesgo de "legitimar" regímenes autoritarios en nombre de la democracia.

G.H —No pretendo afirmar que todos los episodios autoritarios que se han producido en los países occidentales desde el siglo XIX han representado una contribución positiva a la construcción democrática. Pero es innegable que el Segundo Imperio implantó el sufragio universal dentro de las costumbres francesas aun cuando por momentos le quitara su juego; es también innegable que debilitó la influencia de los notables tradicionales y desgastó con ello las bases de una deformación partidista del proceso electoral, que garantizó asimismo una amplia participación y salvó a Francia de las dificultades del abstencionismo masivo que por mucho tiempo pesó sobre la vida política de los países del sur de Europa. Otros ejemplos: hay que atreverse a decir que la dictadura franquista permitió a España escapar de su inclinación anarquista anterior a 1936; que los cincuenta años de dictadura militar que vivió Venezuela durante el presente siglo provocaron la desaparición de los antiguos partidos oligárquicos y facilitaron con ello su marcha hacia la democracia en 1958. Al menos convendría preguntarse si el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania occidental no contribuyeron a un orden social de mayor igualdad, del cual se derivan los regímenes actuales de dichos países, y si no fue necesario el cataclismo hitleriano para quebrantar a la vieja Alemania de los Junkers y los empresarios de la industria siderúrgica...

A pesar de esto, no dejo de consternarme ante la concepción que hoy en día comparten tanto la derecha como la izquierda, según la cual los países del tercer mundo —es

decir América Latina— están condenados por una doble fatalidad estructural y cultural a formas de gobierno autoritarias. De ser así, la Europa del siglo XIX tampoco hubiese estado "madura" para la democratización, teniendo en cuenta las desventajas sobre todo económicas que por entonces sufría, o incluso el desarrollo insuficiente de algunos de sus Estados. Sin embargo, tanto la señora Kirkpatrick como los pensadores "tercermundistas" sostienen este punto de vista en el caso de Latinoamérica, como lo hubiesen sostenido en 1970 a propósito de Portugal e incluso Grecia... Para ellos, por su naturaleza, las sociedades "meridionales" tomadas en su conjunto, no se justifican sino en razón de gobiernos autoritarios. Si acaso, los de derecha son más francos cuando manifiestan la estimación real que sienten hacia las dictaduras militares, mientras que los de izquierda prefieren utilizar el eufemismo revolucionario para ocultar el carácter antidemocrático de los autoritarismos que casi parecen gustarles. Esta concepción no sólo es desconsoladora sino errónea.

O.M. —Usted utiliza una fórmula que consiste en diferenciar en forma paradójica los méritos de los *demócratas por convicción* de los *demócratas por conveniencia*. ¿Qué quiere usted decir con esto?

G.H. —Le responderé ilustrando esta diferencia con un ejemplo. El éxito de la transición democrática que hubo en España en 1975, al dejar el poder el presidente Suárez, se debió a que todos los grupos políticos aceptaron que este proceso fuese conducido por *demócratas por conveniencia*. Es decir, por líderes que no se adherían al ideal democrático por convicción profunda sino porque simplemente consideraban que cierta forma de administración democrática de los problemas de la sociedad española era en ese momento preferible a cualquier otra. Claro, a condición de que a esa elección democrática acompañase el otorgamiento de garantías suficientes para quienes podían temer el regreso a la democracia.

De esto precisamente se ocupó Suárez. Así lo entendieron Santiago Carrillo y, con mayores dificultades iniciales, los socialistas. Todos aceptaron el despegue lento y en un principio ambiguo del regreso a la democracia, al considerar que la precipitación y la exaltación demasiado repentinas de principios hasta entonces cuestionados podían poner en peligro la operación provocando la formación de una coalición del ejército y los nostálgicos de la comodidad autoritaria. Esta prudencia de los primeros tiempos es la que permitió llevar a cabo la empresa en dos años, con el resultado paradójico de 1982: la victoria de un partido socialista convertido en la fuerza política dominante en España. Sin duda alguna, no se habría obtenido este resultado si esos mismos socialistas hubiesen cedido a la tentación de rechazar a la "monarquía derivada del franquismo", actitud que respondía mejor a su temperamento de *demócratas por convicción*...

Este tipo de estrategia no carece de precedentes. En América Latina tiene incluso un nombre: "política del *garantismo*". A este respecto, me sorprende lo que sucede y lo que se dice actualmente en Argentina. Acaba de establecerse ahí un régimen democrático moderado tras el derrocamiento de un poder militar que nadie parece extrañar mucho. Mejor aún: las recientes elecciones se caracterizaron por la derrota de una corriente peronista que desde hacía casi cuarenta años hipotecaba el destino político argentino. Hasta

este punto, el proceso parece de lo más seguro. Pero es de preocupar la justicia que los nuevos dirigentes democráticos pretendan aplicar en contra de los militares culpables de crímenes que sin duda alguna, y en la mayor parte de los casos, son insostenibles. En otras palabras, ¿convendría castigar a los militares como se lo merecen, aun cuando esta severidad legítima los lleve a sentirse tan acorralados que estén dispuestos a acabar con la democracia para escapar de ella y cuando, para lograr este objetivo, quizá lleguen a algún acuerdo con ciertos peronistas? Evidentemente, la exigencia de justicia representa más que una satisfacción "estética". Pero, ¿vale la pena correr el riesgo de una nueva intervención dictatorial?

O.M. —Pero, ¿hasta dónde puede la democracia funcionar sin "símbolos", sin "calor"...? ¿Esta frialdad, este exceso de lucidez, no es signo de debilidad?

G.H. —Es un problema muy grave. En ciertos casos, las rupturas democráticas se vieron acompañadas de un uso particularmente generoso de símbolos que acentuaron aún más el aspecto traumatizante que tienen para algunos. Ese fue el caso de la Revolución Francesa o de la Revolución Mexicana. ¿Cuál fue el resultado de recurrir sistemáticamente a estos símbolos? En Francia, desembocó primero en el Terror con Robespierre y, después, en el levantamiento en masa que desvió a los campesinos de sus intereses verdaderos en beneficio de los burgueses acaparadores de tierras. En forma general, esta política de los símbolos se tradujo entre nosotros en una designación demasiado cómoda de sucesivos enemigos del pueblo: los aristócratas, los sacerdotes, los clericales, las Cien familias, incluso la abominable derecha que fue presentada al pueblo de izquierda como objeto de un desprecio poco democrático. Ahora bien, en la mayor parte de los casos, esta simbología del anatema sólo logró poner ante la venganza pública a adversarios poco temibles en realidad, como si el propósito de esa retórica fuese ocultar problemas infinitamente más importantes: en un primer momento, el mantenimiento de la estructura de la tierra en Francia, más tarde el mantenimiento de la desigualdad social y finalmente, el deterioro económico del país o la impotencia del Estado ante esta evolución regresiva.

Menos conocido, el caso mexicano es aún más sugerente de los abusos que pueden cometerse con la simbología llamada democrática. En ese país, la nueva oligarquía que vino a sustituir a los grupos dominantes tradicionales no ha dejado de llamarse a sí misma "revolucionaria", cuando en realidad ha operado sobre todo en beneficio propio o a favor de un claro desarrollo capitalista. Pero, indiscutiblemente, esta falta de propiedad en el lenguaje ha fundado su legitimidad a tal punto que la desigualdad se ha vuelto aceptable...

Sin embargo, es mayor el número de democracias que fueron parsimoniosas en lo que respecta a su simbología. Por supuesto hablamos de las democracias anglosajonas, pero también de la que acaba de sustituir a la dictadura en España. El contraste con la ruptura democrática portuguesa es significativo. La "democracia de los claveles" se embriagó con los símbolos y los discursos líricos para desembocar, casi inmediatamente, en el rechazo de una población a la que no sólo no pudo engañar sino a la que indirectamente indujo a adherirse a los partidos centristas o a una social democracia muy moderada. Por el contrario, libre de esa corriente

portadora de anatemias, España pudo no sólo dar un paso hacia un socialismo un poco menos moderado, sino realizar también el cambio drástico de su antigua organización de Estado centralizado.

O.M. —Tratemos de unir todos estos problemas para examinar la evolución de una región que usted conoce: Centroamérica. Por ejemplo, en el caso de Nicaragua, ¿cómo solucionar la disyuntiva entre el sandinismo revolucionario y el somocismo "autoritario"? Y más exactamente, ¿cómo respondería usted al clínico que retomara su argumentación para sostener que el autoritarismo de los sandinistas forma parte del proceso democrático? Antiguamente la Revolución justificaba el endurecimiento, ¿acaso la democracia no corre el riesgo de sustituir este endurecimiento, al menos para los ideólogos?

G.H. —Como usted sugiere, trataré el problema de Centroamérica a través del caso de Nicaragua. El argumento que menciona no funciona para este país en la medida en que su experiencia autoritaria actual no puede ser en lo absoluto autónoma. Gracias a sus dimensiones, a sus recursos y a su relativo peso internacional, el México postrevolucionario pudo iniciar cierto proceso de democratización bajo la pesada batuta de un partido único y más tarde en extremo dominante. Quizá esta dimensión autoritaria no representó finalmente un pecado en contra de la democracia.

Pero la situación de Nicaragua es completamente diferente. Por un lado, el contexto internacional del mundo actual hace que las dos grandes potencias tiendan necesariamente a enfrentarse en todos los posibles escenarios de conflicto, lo que no era el caso durante la Revolución Mexicana. Por el otro, la exigüidad de Nicaragua y la pobreza de sus recursos la conducen inevitablemente a depender de una ayuda externa. Lo que significa que el autoritarismo pseudo-democrático que se estableció en ese país no es más que un reflejo de esta dependencia, dentro del marco global de la



rivalidad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Sería inútil agregar que, dentro de esta perspectiva, las dictaduras que viven del apoyo soviético directo o indirecto sólo pueden abrirse a la democracia si su protector lo juzga conveniente desde el punto de vista estratégico o, también, si sus dirigentes se ven desplazados del poder por una acción que difícilmente podría no ser violenta. Lo que constituye un obstáculo en Nicaragua no es pues el autoritarismo en sí mismo, sino sus lazos funcionales con un proyecto soviético que nada tiene de democrático.

Por lo tanto, hay que considerar los problemas de Centroamérica desde otro ángulo. En el caso de Nicaragua, la lucha armada de la oposición antisandinista puede contribuir —aunque es muy poco probable— a una solución democrática positiva. Y es que no hay que dejarse engañar por el lenguaje del poder dictatorial en turno, que necesariamente presenta a esta oposición como contrarrevolucionaria y somocista. Lo que digan no puede ser diferente pero definitivamente no es válido en el caso de la corriente que encabeza el ex sandinista desilusionado Edén Pastora. Además, no resulta del todo convincente en lo que respecta a los elementos parcialmente ex somocistas que operan desde Honduras. El cambio de mentalidad que hubo en Nicaragua es irreversible. Aun cuando las guerrillas recluten expertos sus mínimas posibilidades de imponer un regreso al pasado. Somoza está más que muerto.

Por su parte, las elecciones que se llevaron a cabo en El Salvador desmienten los prejuicios de los analistas europeos y los temores de los diplomáticos norteamericanos. A pesar de los obstáculos inmensos creados por los enemigos

de la democracia, ya sean éstos guerrilleros o intelectuales deseosos de denunciar las "farsas electorales latinoamericanas", las dos fases de estas elecciones se vieron favorecidas por altas tasas de participación y por los resultados notables obtenidos por el demócrata cristiano Duarte.

O.M. —Usted demuestra que no existe un modelo abstracto de democracia; ¿tendríamos entonces que rechazar cualquier criterio decisivo?

G.H. —Considero que estamos condenados al relativismo histórico, pero esto no impide proponer criterios que señalen el rumbo. Por cierto, ¿son buenos algunos de los criterios ya consignados? Es evidente que el criterio de la opción, de la posibilidad —aunque casi nunca se realice— de desplazar en forma sensible a los gobernantes es uno de ellos. Habría quizá otro criterio con el que no todos están de acuerdo: el que yo mencionaba cuando hablaba de esa esperanza de ver a los ciudadanos menos espajados por los profesionales de la política y sus "aparatos" (los partidos, los sindicatos y los demás "aparatos" culturales y económicos), y ver que manifiesten su independencia. Lo que muchas veces se designa con desprecio "electorado flotante" —refiriéndose a los electores que poseen pocas convicciones preestablecidas y que no son cautivos de ningún partido— representa el porvenir de la democracia. Estos electores se definen en función de las circunstancias cuando se les pide, y sería deseable que también se definieran cuando no se le pide. Podrían convertirse en los artesanos del progreso de la ciudadanía, sobre la base de un escepticismo constructivo.®

Publicado por convenio con *Esprit*

La vida (a)leve

MATTA INFORMATICO

En *Vuelta* 109, diciembre de 1985, publicamos un poema y un ensayo de Octavio Paz sobre el pintor Roberto Matta, también ilustramos el número con su obra. Poco después llegó a nuestra redacción el cuadro de Matta que presentamos ahora, con la peculiaridad de que fue hecho en computadora por el pintor.

